

**CORAL CUADRADA, *El llibre de la pesta*, Barcelona,
Rafael Dalmau, 2012, 303 págs.**

Leer a Coral Cuadrada, leer «El llibre de la pesta», es trasladarse a una Europa estrechada por el flagelo de las enfermedades, del hambre y de las guerras, es como escuchar las voces de los hombres y las mujeres que a partir de mediados del siglo XIV tuvieron que enfrentarse a una concatenación de calamidades de considerables dimensiones. En un libro de exquisita factura, con magníficas e inquietantes ilustraciones obra del hermano de la autora, Coral Cuadrada, profesora de la Universidad Rovira i Virgili, de Tarragona, retrata un mundo viejo, herido por una crisis que ataca sin misericordia a las clases más bajas, las más desfavorecidas de la sociedad europea de finales de la Edad Media. La peste, pero también el tifus, la malaria, la varicela, la tuberculosis, la sífilis, conviven con unos hombres y unas mujeres que ven cómo la muerte les arrebató a sus seres queridos, a sus hijos, a sus padres, a sus parejas, ante una cultura médica desconcertada, que observa impotente cómo la vida se les va, sin entender los motivos, sin conocer los tratamientos. Una sociedad enferma en lo económico, en lo social, herida en sus estructuras más profundas, que necesita reconstruirse, avanzar hacia los umbrales de la modernidad, una sociedad que Coral Cuadrada consigue dibujar a la perfección.

Reelaborar, reconstruir y repensar el estudio de la peste negra es su objetivo. Como punto de partida considera que la historia sanitaria es solo un aspecto de la historia de la sociedad. Para intentar comprender las manifestaciones morbosas y, al mismo tiempo, la gravedad de las pandemias y las endemias en época medieval, es preciso, afirma, tomar en consideración el ambiente natural como causa de la enfermedad, el uso de la técnica como medida preventiva y terapéutica y el ambiente social. Las enfermedades no son inmutables, se transforman con el tiempo, modifican sus propias características, surgen o retroceden según las épocas, las zonas geográficas, los estratos sociales, de manera que las tentativas de curación dependen de la organización social conjunta. Por eso, insiste Cuadrada, el análisis de la enfermedad

está condicionado por una multiplicidad de factores, no solo por la existencia de un microbio, y es este análisis global el que ha elaborado en este libro.

D'antwi..., antes de nada, la autora retrata la Europa anterior a la peste, una Europa mal alimentada, azotada por recurrentes carestías ocasionadas por una insuficiente producción agrícola, con precarias condiciones higiénicas, tanto colectivas como individuales, que favorecerían el desarrollo de todas las formas de parasitosis. Un nivel de vida frágil al que se sumaba la discriminación estamental. La enfermedad dejaba expuestos a todos los grupos sociales al peligro del contagio pero, como muy bien remarca Cuadrada, el precio pagado por las masas más desfavorecidas pone de relieve la existencia de una selección social poniendo en entredicho la pretendida igualdad de la población medieval ante la enfermedad.

La epidemia hace su aparición en una Europa con graves dificultades, una Europa superpoblada que, tras siglos de crecimiento económico (del siglo XI al XIII), es incapaz de proveer de alimentos a una población que no ha parado de crecer, que ha cuadruplicado sus habitantes, y ha llevado al límite la explotación del territorio. La sucesión de lluvias torrenciales, las enfermedades que diezman los rebaños..., ponen en la cuerda floja a una población que vive constantemente en los límites de la subsistencia. En este contexto, una discutida teoría neomalthusiana hace entrar en funcionamiento sus tijeras y considera las mortalidades como un factor corrector del desequilibrio entre población y recursos al que se ha visto abocada la sociedad europea. Sin entrar en discusiones historiográficas que ponen en entredicho las explicaciones neomalthusianas, está enormemente extendida en la historiografía la idea de una crisis profunda de la sociedad y la economía medievales en el siglo XIV, una crisis que rompe el ciclo de desarrollo y expansión a partir del XI, pero que, como bien han puesto de manifiesto las investigaciones más recientes, hunde sus raíces en unos lejanos siglos VIII, IX y X. Cuadrada discute esa imagen hermética de la crisis bajomedieval, las causas argumentadas, para intentar justificar la ruptura del «bienestar», y a ello dedica algunas de las mejores páginas del libro. El mundo catalán y el italiano constituyen sus principales referentes, fruto de un profundo conocimiento de las fuentes y de años dedicados a la investigación.

Vida i malaltia, la vida y la enfermedad, conviven en unas sociedades donde una elevada mortalidad infantil golpeaba sin piedad a familias de todas las clases sociales, si bien es fácil suponer que una mayor pobreza y unas peores condiciones de vida golpeaban más duramente a familias sin recursos. La culpabilidad recae sobre las carencias alimentarias, las pésimas condiciones higiénicas, las enfermedades. Peste, pero también tifus, viruela, malaria, tuberculosis, lepra, escrofulosis, ergotismo, sífilis..., componen un tétrico cuadro visible en el día a día, con diferentes intensidades y responsabilidades pero que, como ha analizado la autora, condicionan la existencia de los individuos.

Es en este contexto donde Coral Cuadrada se plantea qué representaba verdaderamente la enfermedad para los hombres y mujeres del pasado, qué preparación tenían para hacerle frente, y hasta qué punto estas enfermedades eran más terribles, más espantosas que las que conocemos en el mundo contemporáneo.

La medicina, impotente ante el alcance del flagelo, intenta encontrar respuestas. La autora desgrana en este capítulo el pensamiento científico medieval, las dificultades en

la búsqueda de la verdad, las contradicciones, los errores, cómo las propias universidades intentan hallar las explicaciones, los remedios, las terapias, y, cuando menos, evitar los contagios. Todo en vano. Proliferan las obras, tratados y reflexiones surgidos de la pluma de médicos cristianos —Guy de Chauliac, Jaume d'Agramunt— y musulmanes —Ibn Khatima, Al Saquri, Ibn Al-Hatib—, que aconsejan, indican, pero no pueden evitar los estragos de la peste. Y si, a pesar de las precauciones, no se conseguía evitar el contagio de la enfermedad, las curas consistían en la práctica de sangrías o en la apertura de los bubones. Sin embargo, ambos remedios podían resultar fatales para los enfermos: por un lado, las sangrías sumían a los pacientes en un estado de debilidad tal que facilitaba el progreso de la enfermedad; por otro, la apertura de los bubones, es decir, de los ganglios inflamados, podía dañar gravemente el sistema linfático.

Lo más dramático era el desconocimiento de las causas que originaban la enfermedad. Su origen remoto se explicaba como un castigo divino por los pecados de los hombres. Para la gente del pueblo esta era la única explicación. Otra opinión popular afirmaba que la enfermedad estaba causada por una corrupción del aire. La alteración del aire causada por situaciones climáticas bruscas y extremas —un fuerte calor, la lluvia, y sobre todo las tempestades, o los movimientos de tierra que propiciaban la salida al exterior de humos nocivos y materiales procedentes del interior de la tierra— ocasionaba consecuencias letales. Todas estas explicaciones tenían en común el factor del aire envenenado, que podía ir acompañado, según el punto de vista científico de la época, por una determinada conjunción de los planetas.

Pero las verdaderas causas de la peste, analizadas por la autora, fueron ignoradas hasta finales del XIX, cuando los avances en los laboratorios de medicina hicieron posible la descripción científica que conocemos en la actualidad. Hoy en día, visto de manera retrospectiva, puede parecer extraño que a nadie se le ocurriera incriminar a las pulgas y a las ratas, pero hay que tener en cuenta que tanto unas como otras constituían una presencia constante y cotidiana. Ratas y pulgas abundaban incluso cuando no había peste; por tanto, no es ilógico que se les exonerase de toda responsabilidad cuando, de repente, la enfermedad aparecía de forma inesperada.

De *la mort negra* se ocupa el siguiente capítulo de la obra de Coral Cuadrada, donde aborda los orígenes de la enfermedad. Como bien resalta la autora, en el trescientos la peste que azota a la población europea no era una enfermedad desconocida, ni se trataba de la primera epidemia, pero las plagas que se sucedieron a partir la década de 1340 van a alcanzar un carácter más general y mortal. La peste de 1348 no es un fenómeno nuevo, lo nuevo es únicamente su amplitud.

La peste nace en una zona delimitada por el Tigris y el Éufrates, denominada Irak-Arabí. Desde allí se exportó siguiendo diferentes trayectorias, propagándose en numerosas ocasiones a otras regiones asiáticas y a continentes lejanos. Esta migración originó focos pestilentes crónicos, como el Kurdistán, al noroeste de Persia, o diferentes zonas del imperio chino. En todos estos focos, desde tiempos muy remotos, la peste fue una enfermedad endémica. En algunos de ellos, cada ocho o diez años adquiría un carácter epidémico.

La «muerte negra», que llega a Europa en 1347, parece ser que brotó en Asia central, y serían las ratas las que la transportaron hacia Occidente. La primera etapa de

este proceso se habría desencadenado en el sureste de China, donde se encontraba un foco endémico de peste que ha pervivido hasta nuestros días. La peste invadió rápidamente toda la India y gran parte de China y se propagó hacia Siria, pasando después a Egipto y al norte de África. Aproximadamente entre 1338 y 1339 hizo su aparición en las proximidades del lago Issik-kul en Rusia, un punto estratégico situado en las rutas de las caravanas de la seda. En esta zona los arqueólogos han encontrado cementerios cristianos con claros indicios de mortalidad masiva hacia el año 1340, y algunas inscripciones de las tumbas se refieren a la peste como la causa de la muerte. A partir de aquí la peste comenzó a propagarse de manera imparable siguiendo las rutas del comercio, las rutas de la seda.

Probablemente la ofensiva de la peste hacia Europa se inició en 1347, en la ciudad de Caffa. En este importante centro comercial genovés, al lado del mar Negro, la peste, procedente de Asia central, entró en contacto con un grupo de población europea. Las crónicas reproducidas por la autora afirman que en uno de los frecuentes incidentes entre genoveses y tártaros, la peste visitó al ejército saqueador, lo cual obligó a levantar el asedio. El asedio fracasó pero la enfermedad se extendió por la ciudad y salió de ella, como un polizón, en las galeras que zarparon hacia Occidente. El instrumento básico para la difusión de la peste fue el comercio. La enfermedad se extendió rápidamente, conducida por los mercaderes genoveses. Se propaga siguiendo la navegación de cabotaje y las grandes vías de comunicación hacia el interior del continente. Solo algunas regiones europeas evitaron la peste: los Pirineos, la Lombardía, los valles de los ríos Óder y Vístula...

Pero ¿qué es la peste? Coral Cuadrada nos describe con enorme rigor los síntomas médicos de la dolencia. La peste es una enfermedad infectocontagiosa que comienza después de un periodo de incubación con fiebre alta, acompañada de náuseas, sed y sensación de agotamiento. Después de este inicio brusco e inespecífico, la enfermedad no sigue un cuadro clínico idéntico, sino que se presenta en tres formas diferentes: la bubónica, la forma más frecuente y conocida, letal en el 40-50% de los casos y caracterizada por la aparición de bubones en axilas e ingles, una inflamación dolorosa y muy evidente de un ganglio; la neumónica o pulmonar, con una sintomatología menos aparatosa pero de elevadísima mortalidad, entre el 90 y el 100% de los casos; y la más funesta e irreversible, la septicémica, con grandes hemorragias cutáneas extendidas por todo el cuerpo y mortal en el 100% de los casos.

Las condiciones de transmisión, nos dice Cuadrada, no son sin embargo las mismas. Para que se pueda transferir la peste bubónica, es decir, para que se pueda articular esa cadena rata-pulga-hombre tiene que haber circunstancias climáticas especiales. Esto es debido a que la pulga de la rata solo puede vivir a temperaturas comprendidas entre los 15 y los 20 °C y, lo que es más importante, precisa de una humedad del 90-95%. Así se explica la presencia de la peste en la estación cálida y tras grandes lluvias. Por el contrario, las formas pulmonares, transmitidas de hombre a hombre, aparecen habitualmente en los meses fríos.

Y la cronología. Si el primer gran ataque de peste en Europa tuvo lugar en 1347, los últimos documentados en la zona europea occidental son los de 1720 en Marsella y el de Porto de 1899. En la Europa oriental se han documentado los últimos ataques

de la peste en Moscú, en 1770, y en Odesa, en 1814. Aún hoy en día la peste humana persiste en focos más o menos aislados, como la India, Mongolia, Uganda, Libia, Tanzania y Zaire. La autora analiza con detenimiento los efectos de la epidemia en el Camp de Tarragona, cuyos letales hilos se hicieron sentir hasta bien entrado el XVII.

Les reaccions de la gent, la población, atemorizada ante un verdadero colapso demográfico que provocó la muerte de millones de personas en toda Europa, protagoniza reacciones excepcionales. El estallido de la peste tiene como consecuencia la condena de los ociosos y la persecución de vagabundos y mendigos, sospechosos además de propagar la peste. Se organiza todo un sistema represivo contra los grupos marginales y se asimila cada vez más marginación a delincuencia.

Y la explicación última es el desconocimiento y el pánico. El impacto de la epidemia es la causa de actitudes irracionales, que en muchos casos enraizaban con el miedo. El miedo lleva a la histeria colectiva, a la incertidumbre ante el futuro, y todo ello contribuía a la psicosis social, que alcanzó proporciones desmesuradas. La investigadora nos relata situaciones extremas donde los cadáveres humanos son apilados como si fuesen bestias. En otras ocasiones, el enfermo no puede llegar a ningún sitio y muere en medio de la calle, donde se amontonan los cuerpos sin vida. Todas estas circunstancias dirigen los comportamientos humanos de muchas generaciones y dejan su huella en la literatura y el arte, que serán el testimonio excepcional de estos sucesos.

Coral Cuadrada realiza un magnífico análisis de las respuestas de la población ante esta situación tan dramática: la dedicación total a la vida contemplativa o bien aprovechar el poco tiempo que quedaba viviendo lo mejor posible. La idea de la brevedad de la vida animó a muchos a agotar su existencia hasta las últimas consecuencias: el sexo, el placer por la gastronomía exquisita y el goce de los bienes materiales se situaron en el punto de mira de muchos individuos. En este contexto la prostitución y las relaciones extraconyugales se extendieron rápidamente después de la visita de la peste. La falta de hombres y mujeres propiciaron una libertad sexual mucho más acusada que la de tiempos anteriores. Las autoridades, interesadas en recuperar las pérdidas humanas, no solo no hicieron nada por evitarlo, sino que favorecieron la unión matrimonial entre personas de parentesco muy cercano.

Existían otras formas de huir de la pestilencia, formas que dejaron importantes improntas en la mentalidad colectiva. En primer lugar la famosa frase «Cito, longe, tarde», expresión latina que resume muy bien una de las ideas fundamentales de la época, es decir, huir pronto, lejos y volver lo más tarde que se pueda, de manera que la huida se veía como una posible vía para la salvación. Los que podían, huían de la ciudad hacia sus posesiones en el campo. Esta medida resultó beneficiosa para aquellas personas que, como los diez jóvenes del *Decamerón*, se refugiaron, sanos y salvos, en un lugar seguro. Sin embargo, fue una calamidad en el caso de los que partían ya contagiados o portadores de gérmenes, porque contribuían a difundir la enfermedad. Además, el campo no era capaz de ofrecer garantías de inmunidad, sobre todo cuando se trataba de zonas relativamente vecinas a los centros afectados, como expresa muy bien Boccaccio.

Pero también estaban aquellos que no tenían los recursos suficientes para poder huir de la ciudad; entonces lo que hacían era salir de casa y abandonar todo aquello

que tenía señales de infección, ya fueran objetos o personas. Ello, lógicamente, propició el aumento del bandidaje. Los robos de bienes de muertos, o a los que huían con sus pertenencias, estuvieron de absoluta actualidad. En los documentos de la época aportados por Coral Cuadrada se encuentran muchas quejas contra los ladrones, contra las ventas ilegales y contra los hurtos de bienes, a veces llevados a cabo por los mismos responsables del gobierno de las ciudades.

Pero además, remarca la autora, la peste trajo consigo una verdadera sensación de impotencia ante la inevitable falta de perspectivas y el castigo divino, y debido a ello grandes sectores de la población cayeron en un lamentable estado de desinterés y de apatía. Sin olvidar que la peste conducía en situaciones extremas a la locura y el suicidio. Un sector de la población optó por dedicarse a la vida mística, a la religión. En consecuencia, una ola de piedad y espiritualidad va a recorrer toda Europa, ya que la peste era considerada por muchos como un castigo divino por los pecados cometidos por los humanos. La aceptación general de que se trataba de un castigo divino creó un extenso sentido de culpabilidad, pues se creía que para ser objeto de tanta ira se tenía que haber cometido un crimen horrible. ¿Qué pecados había en la conciencia de la humanidad del siglo xiv? En realidad, todos: la codicia, la avaricia, la usura, el adulterio, la blasfemia, la falsedad, la lujuria.

Los esfuerzos para calmar la ira divina tomaron muchas formas, desde prohibir el juego o la bebida, hasta organizar procesiones de penitencia. Las misas y las procesiones solemnes se convirtieron en el único remedio que creían eficaz para aplacar la cólera celestial. Pero, a pesar de las buenas intenciones, muchos de estos actos sirvieron para aumentar el contagio, y cuando esto fue evidente fueron prohibidas por el papa. De forma paralela, van a resurgir dos actitudes generalizadas: las donaciones de bienes a la Iglesia y las peregrinaciones a lugares sagrados. Son innumerables los testimonios de personas enfermas, sanas arrepentidas o sin descendientes que dejaron todo su patrimonio a una iglesia, catedral, monasterio u hospital, siempre con la esperanza de conseguir la salvación eterna. Muchos, además, se desplazaron hacia lugares que creían revestidos de auras sagradas, lugares santos donde se guardaban reliquias o donde se decía que había sucedido un milagro. Roma y Santiago de Compostela seguirán siendo, sin embargo, los centros de peregrinación por excelencia.

La Iglesia, pero también la magia y la brujería. Las supersticiones populares veían el poder de la salvación presente en talismanes, rituales y humos de colores. La respuesta de las autoridades fue la persecución, los apresamientos y los juicios a los que se dedicaban a dichas prácticas. Cuadrada remarca como la hechicera, hasta entonces inofensiva, se fue transformando en la figura inquietante de la bruja, la conspiradora, la autora de delitos, dando lugar, ya en el siglo xv, a la aparición de la figura del cazador de brujas.

La exacerbada piedad de la población desembocó en una histeria colectiva. Se potenció al máximo la penitencia y el castigo corporal. Muchos abandonaron todos sus bienes, se aislaron del mundo y optaron por una vida eremítica, bien individualmente o bien agrupándose en colectividades monásticas. Aparecen los flagelantes, quienes a su paso por pueblos y villas contribuyeron a conmover aún más los senti-

mientos populares frente a la contemplación del sufrimiento. Y los predicadores, como san Vicente Ferrer.

Además, las figuras de Cristo y de la Virgen van a ser motivo de un clamor popular aún más exagerado que con anterioridad, y a ello se unirá la veneración a un elevado número de santos, incrementada con la creencia en las reliquias. Muchos santos fueron rescatados del olvido y elevados al grado de protectores de los humanos. Los santos, en la tradición religiosa popular, fueron vinculados con las enfermedades, como es el caso de san Sebastián o san Roque. Se conoce la historia de cada uno de ellos, sus vestimentas, sus atributos simbólicos, como se recoge en la leyenda dorada de La Vorágine. A través de las figuras de los santos se pedía a Dios misericordia, perdón por los pecados, una muerte sin sufrimiento y, sobre todo, un milagro que salvase al género humano de la plaga bíblica.

Pero además de la ira de Dios como causa de la peste, o de las conjunciones planetarias, las convulsiones del cielo y de la tierra o la conciencia de los pecados cometidos, la neurosis colectiva necesitaba encontrar culpables más próximos que cargasen con la responsabilidad de los males tan insoportables que sufrían. La primera sospecha recayó en todos aquellos viajeros extranjeros y marginados. De los viajeros se decía que llevaban la infección en sus equipajes. También se sospechaba de los enfermos con deformaciones, y, lógicamente, entre estos los leprosos son el paradigma. Se sospechaba también de los pobres ociosos, de los homosexuales, de las prostitutas y, cómo no, de los musulmanes y, sobre todo, de los judíos. La población judía fue la principal destinataria de las iras populares y se iniciaron furiosas persecuciones. Las matanzas de judíos pasaron a convertirse en un hecho frecuente durante la peste. En realidad ya son víctimas propiciatorias por diferentes motivos desde el siglo XII, pero a partir de 1348 se agudizan las persecuciones. En ese año la violencia contra los judíos se materializa en ataques a los *calls* de Barcelona, Gerona, Tarragona, Tárrega, Solsona, Cervera y Lérida. Entre las posibles causas de estos pogromos, además del fanatismo religioso, hay que pensar en la posibilidad de la no devolución de las deudas contraídas por los asaltantes en concepto de las cantidades recibidas en préstamo. Lo que está claro es que los ataques a las juderías sirvieron al objetivo común de destrucción de documentos de deuda. Una persecución que llega a su paroxismo en los pogromos de 1391, que significan la desaparición de algunos de los principales *calls* de la Corona de Aragón. La reacción popular agravada por continuos años de carencia de pan, por miedo, canaliza su desesperación acusando a los judíos de envenenar los pozos de agua y, sobre todo, de ser vehículos de la epidemia hacia los territorios cristianos. Una acusación que igualmente se extiende a los pobres, culpables, según la opinión popular, de provocar la peste lanzando venenos a las aguas, las casas, las iglesias y los alimentos.

En cuanto a *la intervenció pública*, el poder público debía intervenir en el estudio de la profesión médica, en la higiene pública, en la industrial, en las aguas..., todo ello dirigido a salvaguardar la salud pública y el control de las epidemias. Cuadrada examina la evolución de los hospitales, desde las enfermerías de los monasterios altomedievales hasta la unificación de instituciones dedicadas a la asistencia a pobres y enfermos en los primeros años del cuatrocientos, cómo la multiplicación de individuos sin

medios de subsistencia aceleró y amplió el fenómeno caritativo y asistencial, con todo insuficiente y parcial, dirigido a los pobres y enfermos controlados, a los propios.

Los médicos «verdaderos», formados en el sistema universitario, proliferaban junto a «falsos» médicos que atendían, según Cuadrada aventura como hipótesis, de manera diferencial según los estratos sociales y siempre en detrimento de los más miserables. La aplicación de medidas indiscriminadas, válidas tanto para la peste como para la lepra o los pobres, explica la ineficacia de las curas y la necesidad de recurrir a los controles sanitarios como únicas medidas de atajar los contagios. Las cuarentenas y los aislamientos preventivos se unen al cierre de las murallas, a la prohibición de entrada a los emigrantes, a los que no eran de la ciudad, al control sobre las prostitutas, como formas de evitar la expansión de la enfermedad. Las recomendaciones constantes de los médicos, reflejadas en los tratados, sobre la higiene, privada y pública, no calaron en una población acostumbrada a no seguir las más mínimas normas higiénicas, ni en sus propios cuerpos ni en sus casas.

Món vell, món nou, un mundo viejo, un mundo nuevo, donde un cambio de mentalidades queda también reflejado en las formas artísticas, científicas e intelectuales. Prácticas y gustos antes reservados a la élite aristocrática se difunden de forma progresiva en el seno de estratos sociales cada vez más amplios. Beber vino, vestir ropa blanca, leer libros, adornar la casa o la tumba, todo ello hace crecer la propensión al lujo.

Y el arte cambia la estética de la muerte con la aparición del arte macabro, de los intentos de reproducir lo que sucede bajo tierra una vez que el cuerpo muerto es enterrado. Los esqueletos representan la muerte cercana a aquellos a los que se les presentan, una medida para incentivar la conversión de los laicos. Cambia el concepto de la muerte. La muerte ya no es vista como la salvación de los males terrenales; ahora se presenta como una imagen destructora que quiere alejar a la humanidad del placer de vivir, de la felicidad. Si antes la muerte llevaba en sí misma un mensaje de paz y de tranquilidad, ahora su llegada produce un fuerte sentimiento de pánico y de angustia. La gente se pregunta adónde irá a parar después de la muerte, cómo se descompone la belleza del cuerpo una vez que el alma la abandona, y cómo es posible que no se pueda escapar de ella.

En este contexto triunfa la idea del purgatorio, esa casa a medio camino donde son acogidos los que, una vez purgados sus pecados, pueden ser recibidos en el cielo. Esto provoca, por parte de la Iglesia, una actitud especulativa con el tiempo ultraterrenal, ya que se estipula que el periodo de estancia en el purgatorio puede reducirse mediante las buenas obras. Se difunde, por tanto, el purgatorio, inventado en el siglo XII, y también el Juicio Final, el momento en que se pesan las almas para comprobar las acciones justas o injustas que se han llevado a cabo a lo largo de la vida. Esta dicotomía entre salvación y condena provocaba en la gente un gran pánico.

La idea más importante, reflejada por la autora, es la evolución de la figura de la muerte, que en la Alta Edad Media se concibe como una muerte esperada, aceptada por la colectividad, mientras que en la Baja Edad Media es rechazada, adquiere tintes terroríficos, se convierte en algo individual y protegido por una serie de elementos religiosos que pretenden garantizar la salvación eterna del enfermo, del cuasi difunto.

Ello lleva a una fascinación por la muerte, una obsesión que se basa sobre todo en el esplendor de los vivos y la inevitable putrefacción que acompaña al óbito. Sobre este contraste se apoya una gran parte de la iconografía de la muerte europea, con la difusión de las representaciones macabras. Se populariza y aumenta la utilización de los *ars moriendi*, representaciones iconográficas en forma de grabados que representan los tratados sobre el bien morir. En el plano de la imagen, la muerte también se convierte en la gran protagonista. El encuentro de los vivos y los muertos, las danzas macabras y el triunfo de la muerte utilizan todos los medios visuales posibles para transmitir la amenaza, cómo el placer terrestre es un placer culpable al cual el hombre tiene que renunciar. El capítulo, magnífico, es un relato de la autora sobre las numerosas representaciones conservadas como imagen viva del cambio operado en la mentalidad de los hombres y mujeres de finales de la Edad Media y su reflejo, no únicamente en los frescos pintados o en las esculturas, sino también en los grabados y en la literatura.

I tanmateix la humanidad no ha cambiado. Esta es la inquietante conclusión de la autora. Los males que atemorizaban a las poblaciones medievales continúan presentes. El hambre es un hecho cotidiano. El pánico que generó la llegada de la peste a mediados del xiv está presente en la actualidad en las actitudes irracionales de la gente. Cuando aparece la peste a mediados del xiv, los judíos son el pueblo maldito que quiere destruir la cristiandad, por eso son indispensables los pogromos, los asesinatos en masa, las conversiones forzosas y las expulsiones posteriores. El sida renueva el mito del propagador intencionado, la idea según la cual grupos concretos de la sociedad diseminan el mal con la negra intención de apestar a todo el mundo. Nuestras respuestas ante las epidemias no han mejorado demasiado, por no decir en absoluto, en los últimos 600 años.

En definitiva, Coral Cuadrada dibuja un mundo donde se practica la piedad pero también la violencia y el rechazo hacia el enfermo, hacia lo diferente. Retrata a unos hombres y mujeres desconocedores de unas terribles enfermedades a las que no sabían hacer frente, a una ciencia médica impotente. La autora considera la enfermedad como un elemento importante en las transformaciones de las estructuras sociales, en los cambios agrarios de ciertas zonas geográficas o en la evolución demográfica de la población y en sus correspondientes relaciones con la producción y en las mentalidades. Y es aquí, sin duda, donde radica la principal aportación de Coral Cuadrada.

María Dolores López
Universidad de Barcelona